

TAREAS ESCOLARES

¡Las tareas escolares, un problema sin resolver! Esto se desprende de innumerables publicaciones en periódicos, revistas pedagógicas y psicológicas. No hay dogmas a los que no se puedan oponer argumentos convincentes desde todos los ámbitos de la vida. En las reuniones de Padres, los pedagogos somos alertados sobre muchas cosas que dan que pensar. Y es seguro que el efecto de las tareas escolares es muy diverso, tanto en los Niños como en los Padres.

No es necesario volver a exponer todo el drama de los Padres agobiados, que se repite en todos los países cultos donde existen escuelas y tareas escolares; todos lo conocen. Pero el problema no avanza ni un paso hacia una solución real cuando —como supimos recientemente— la encantadora Viena añade a sus servicios telefónicos existentes de información meteorológica, teatral, cinematográfica y de apuestas otro servicio más: expertos en conocimientos escolares atienden consultas de adultos (¡no de los alumnos!) sobre cómo calcular raíces cuadradas, reglas de gramática francesa, etc. Una gota en el mar, nada más. Pero el mar está evidentemente muy caliente, y otra observación puede mostrarnos a los profesores la difícil situación en la que se encuentran algunos Niños: "**Los alumnos deben abandonar la escuela en el momento en que el nivel educativo de los Padres hace imposible su ayuda en las tareas escolares**".

Esta afirmación ilumina crudamente la diversidad de hogares en los que nacen los Niños y donde experimentan estímulos u obstáculos en su vida juvenil.

¿Tienen los Padres interés y tiempo para sus hijos, sus trabajos, alegrías, juegos y preocupaciones?

El profesor debería conocer estas circunstancias del destino de sus alumnos y establecer un contacto más cercano mediante visitas a los hogares.

Surge la pregunta: **¿son realmente las tareas escolares un problema de los Padres?** En todo caso, solo deberían serlo en el sentido de que los Padres creen el ambiente necesario para que los Niños, entre otras cosas, puedan hacer sus tareas a su debido tiempo. Si los Padres tienen que encargarse en gran medida de realizar las tareas, entonces algo no funciona bien.

¿Es entonces un problema de los alumnos? ¿O de los profesores?

Hace cincuenta años, estas preguntas aún no eran preocupantes.

Hoy es el declive en todos los ámbitos de la vida en las últimas décadas lo que también ha arrastrado las cuestiones escolares a este remolino. Aquí se trata de mantenerse y salir adelante. Porque la cuestión de los deberes es un asunto relativamente secundario dentro de la problemática de la educación juvenil.

A menudo se ha hablado de cómo, no solo en Europa Central, sino también en los países que se libraron de los estragos de la guerra, la juventud ha experimentado una transformación que nos plantea cuestiones pedagógicas completamente nuevas. Aún no vislumbramos hacia dónde conduce esta transformación. Lo que sí es seguro es que, como maestros, no debemos

responder a las manifestaciones, a menudo tan difíciles, de nuestros Niños con críticas; de lo contrario, la juventud se alejará cada vez más de nosotros, cuando en realidad necesita nuestra ayuda como nunca antes.

Descubrimos en los Niños posibilidades, independencia y una implacable objetividad que nosotros no teníamos a su edad; pero al mismo tiempo, debemos reconocer que los jóvenes tienen cada vez más dificultades, de manera alarmante, para cumplir con las tareas que impone la escuela. En todas partes se habla de las dificultades de aprendizaje que surgen, por ejemplo, en la enseñanza de idiomas extranjeros. Cada maestro lucha con la inquietud y la incapacidad de concentración de sus alumnos; la vitalidad de los Niños se ha debilitado considerablemente, la memoria y la voluntad de trabajar han disminuido, y la susceptibilidad se ha vuelto casi patológica. A menudo se echa en falta un interés genuino y una entrega total al trabajo.

¡Cuánto más difícil es hoy para un niño hacer los deberes cuando llega a casa cansado de la clase, cuando solo puede tomar la iniciativa para trabajar de forma independiente con desgana, cuando sus pensamientos se distraen constantemente y solo con mucho esfuerzo logra retener algo en la memoria! Vemos que nuestra pregunta hoy es, sin duda, también un problema de los alumnos. **¡Pero por eso mismo se convierte, especialmente y en primer lugar, en un problema de los maestros!**

¿Qué puede hacer el maestro para liberar en gran medida a los Padres de los deberes? Y más importante aún: **¿qué debe hacer para que el trabajo en casa no se convierta en una tortura para los Niños? ¿Quizás incluso pueda convertirse en una obligación alegre?**

El maestro también tiene sus experiencias, sobre todo sus escrúpulos, pero también sus alegrías, y a menudo desagradables sorpresas:

¿Les di demasiado o demasiado poco trabajo?

¿Era la tarea demasiado difícil o demasiado fácil?

¿Era estimulante o aburrida?

¿Despertó la imaginación o solo cansó la cabeza (ya fatigada)?

¿Todos los Niños pudieron cumplir con la tarea o solo aquellos dotados en este ámbito?

¿O logré dar un estímulo de manera que cada uno pudiera contribuir según sus capacidades?

¿Acaso se logró algo bueno con esto?

¿Se descubrió algo nuevo con la tarea o se pudo resumir lo aprendido?

¿Fue capaz de animar la clase del día siguiente?

¿Mi propuesta de tarea despertó en los Niños entusiasmo o desgana?

"Con las tareas de sus hijos, el profesor deja su tarjeta de visita en los Padres". Eso es: ¡lo importante es el cómo!

Rudolf Steiner nos aconsejó que, siempre que fuera posible, las tareas se hicieran de forma voluntaria – sin duda pensando en los Niños más pequeños. Pero si se asignaban tareas, él esperaba que el profesor las revisara. Cuando un niño de 1º o 2º escucha que hoy puede hacer una tarea voluntaria, la abordará con alegría – dada su receptividad a esa edad. Nunca olvidaré cómo una niña pequeña llevó una vez su trabajo a la escuela con el título: "Tarea voluntaria"; lo

había hecho con alegría y disposición. Pocos serán los Niños en la clase que no participen, pues así reviven la alegría que experimentaron en la escuela con la enseñanza llena de imágenes y ritmos.

Los Niños han dibujado **formas**, y el profesor sugiere un pequeño cambio y pregunta si alguien podría dibujar esta forma modificada en su cuaderno para mañana. Todos levantarán la mano con entusiasmo — la mayoría lo hará, y los pocos que lleguen con las manos vacías sentirán una incomodidad que no querrán repetir. Y si aún queda algún niño que no participe en la tarea voluntaria, serán Niños con inhibiciones, a quienes hay que ayudar especialmente, animar y darles confianza.

Otra vez será **cálculo**: series de multiplicaciones en el cuaderno, con factores y productos en colores distintos; el profesor plantea la tarea de modo que promete una sorpresa al final — y hay muchas en el cálculo. Así, el niño vive la tensión y la solución, y se siente bien. Se siente saludable en su cuerpo y espera con alegría el día siguiente, cuando pueda mostrar su trabajo.

¡Ay del profesor que, lleno de todo lo nuevo que quiere enseñar, **no tenga la paciencia ni el interés para mirar y evaluar, elogiando o corrigiendo, porque eso es lo que los Niños necesitan y desean!**!

Así, con los más pequeños, no es difícil motivarlos para hacer tareas voluntarias. Claro, hay que usar la imaginación, o la chispa no saltará. Si solo se les pide que continúen en línea recta lo hecho en clase, muchos lo harán, aun teniendo en cuenta el temperamento. Aún les resulta fácil a los **flemáticos** abordar las tareas con gusto, y ha sido especialmente importante un nuevo enfoque.

Que los Niños más pequeños aún logren realizar trabajos a partir de su propia imaginación es algo que alegra a cualquier maestro de este nivel escolar; pero **la riqueza desbordante de la imaginación disminuye en los cursos superiores**, y cada vez debe exigirse más la capacidad de pensamiento y aprendizaje de los Niños. **Deben aprender a aprender**. Esto incluso duele, y ahora las tareas deben asumirse cada vez más como una obligación. Así, los errores por olvido, falta de memoria, iniciativa insuficiente o falta de concentración se vuelven más evidentes. Y sin embargo, basándome en mis experiencias, **creo que no se debería prescindir de las tareas escolares**.

Muchos Niños parecen seguir el ritmo de la clase; ellos mismos lo creen, pero notan de inmediato sus lagunas de comprensión cuando dependen de sí mismos. A menudo, solo entonces podrán mostrar al maestro dónde surgen las dificultades que deben resolverse. Así, **los Niños se perciben a sí mismos con mayor precisión cuando trabajan solos**, y es importante que **aprendan a evaluarse** correctamente a sí mismos y sus habilidades.

Es obvio que no se puede trasladar al ámbito doméstico lo que debe trabajarse en la escuela; en otras palabras, que el maestro no cargue a los Padres con sus responsabilidades. Tampoco se debe exceder una cierta cantidad de tareas. Para ello, es necesario que los maestros de una misma clase se comuniquen y coordinen sus cargas de trabajo de manera sensata, evitando sobrecargas. A menudo pregunto:

¿cuánto tiempo has dedicado a esto?

¿Qué tan rápido lo resolvió uno y cuánto tardó otro?

Esto demuestra que el trabajo en casa permite **cierto equilibrio** dentro del ritmo desigual que llevan los Niños de una clase.

Por ello, el alumno talentoso que termina rápido puede asumir **una tarea especial**, demasiado difícil para los demás, y luego presentarla en clase. Para este tipo de tareas especiales, incluso se esfuerzan con gusto, y cuando sienten que sus habilidades crecen, se les ha ayudado a ganar seguridad interior y una autoestima justificada, pues han experimentado que acaban de demostrar su valía, ¡y el reconocimiento es apropiado! Pronto, otros también aceptarán con gusto tales tareas especiales.

Cuando los Padres deben ayudar demasiado a sus hijos, es necesario hablar con los maestros. Hay que investigar si quizás los Niños **se acuestan demasiado tarde**.

Para poder estar atentos y ser capaces de aprender en clase. También debemos ocuparnos del **tipo de alimentación** y, por ejemplo, plantearnos muy seriamente la cuestión de hasta qué punto los Niños, en particular, reaccionan ante el "veneno en los alimentos", cuyos **efectos perjudiciales para la salud a menudo se subestiman**. Lo que aquí se pueda evitar en términos de daños beneficiará pronto a la salud y, por ende, a la capacidad de aprendizaje de los Niños.

No debe pasarse por alto que algunos Niños fracasan en las tareas domésticas, al igual que no pueden cumplir con ciertas exigencias intelectuales en la escuela. **Cuando una práctica educativa hace hincapié principalmente en la actividad intelectual, estos Niños sufrirán daños, incluso hasta caer en depresiones y neurosis.** Las escuelas Waldorf les ofrecen precisamente un equilibrio con sus asignaturas artísticas y manuales, donde se despiertan habilidades diferentes que a menudo permiten a estos Niños destacarse de manera excepcional y, en consecuencia, elegir su vocación en la vida. Y al final, lo que importa es la realización personal —algo que los maestros ya pueden fomentar mediante tareas escolares bien planteadas y con un propósito claro.

Es muy importante una alimentación saludable para el rendimiento escolar y sobre los efectos nocivos de sustancias tóxicas en los alimentos. Además, algunos Niños, aunque no sobresalgan académicamente, pueden encontrar su vocación en actividades prácticas y artísticas, como las que promueven las escuelas Waldorf..

Aportación de Gema Lendoiro